

Opinión del Día

Cruel. Desmedidamente cruel

Ricardo Pérez

ESCRITOR



Viajaba en tren hacia el norte, atrapado por una combinación inmiscible de dolor y arrepentimiento. Apenas una hora antes cerraba sigiloso la puerta del piso alquilado y compartido. Sobre su parte vacía del colchón una nota que ahora, desde la relativa serenidad de saberse a salvo o, cuanto menos, en camino, juzgaba como cruel. Desmedidamente cruel. Exhuberante e hiperbólicamente cruel. Para con ella y para

consigo mismo. La ira, su incapacidad para contener su ira. Y el dolor, su incapacidad para afrontar el dolor. En definitiva, sus propias carencias fueron las que dictaron cada palabra cruel de aquella nota dejada en su lado vacío del colchón cuando éste aún se mantenía tibio. Ella no se despertó cuando el salió de la cama; ni siquiera por los bufidos con que expelía el aire que acaba de inspirar con agitación y angustia. Espesas y voluminosas respiraciones con las que se estremecían las aletas de su nariz, del mismo modo que una fiera acorralada y herida. Pero ella, acostumbrada a despertar más tarde, dormía profundamente. Él no concilió el sueño en toda la noche y había escuchado en la radio los partes horarios. Eran más de las cinco de la mañana cuando ella regresó a casa. Con aliento efílico y movimientos torpes se había desprendido de la ropa antes de acostarse. Su pelo, alborotado, olía a humo. Él se hizo el dormido. Ella no le dio un beso antes de caer en un profundo sueño. Esperó unos

momentos y, cuando supo que dormía por esa forma tan suya de respirar, se levantó. Estaba molesto. Realmente molesto. No porque ella hubiera salido sin él con unos amigos, sino porque ni siquiera le había ofrecido la opción de tomar parte. No por no haberla visto a pesar de buscarla en los bares acostumbrados, sino porque rechazara sus llamadas y dejara el teléfono apagado. No porque intuyera la proximidad de un amante, sino porque las evidencias así lo demostraban. Restos evidentes en la ropa interior de ella (levemente rasgada) y, ahora que la observaba con detalle alumbrado por una pequeña linterna, en las tres pequeñas heridas de su hombro que podrían deberse a una mano apasionada en el momento del éxtasis. Rastros evidentes en la colonia de hombre que aún se apreciaba en su camisa, además de un despiste en su bolso, fruto seguro del exceso de bebida. Un despiste delator: parte del envoltorio de un preservativo, esos que ellos nunca usaban desde que decidieran

hacerse análisis antes de ir a vivir juntos. Estaba furioso. Realmente furioso. Y aturdido en su impotencia. Confuso, desarmado, encendió un cigarrillo que fumó sentado en la silla, junto a la cama, proyectando el pequeño haz de luz de su linterna sobre las tres pequeñas heridas encontradas en el hombro; recientes, enrojecidas, vivas todavía. Fumaba con inspiraciones profundas tratando de que la mayor cantidad de humo llenara ese vacío que le dolía en el pecho, confiado en que el tabaco desenredaría el nudo que atoraba su garganta, deseoso de que el calor de la brasa secara antes de salir las lágrimas que trataba de reprimir inútilmente. Lloró en silencio, por dentro, bebiéndose el llanto, detenido en cada matiz de su sabor salado, decidido a no dejar escapar ni el mínimo detalle del malestar creciente que se expandía dentro de él, denso, viscoso; un malestar irrefrenable que le resultaría imprescindible: necesitaría mucho odio para salir indemne de esta. Puso algo de ropa

en su macuto de cuero, los dos libros que tenía pendientes y guardó los documentos de más importancia junto a la tarjeta médica y la libreta del banco. Rompió la tarjeta y la cartilla de su cuenta compartida. Estaba triste, profundamente triste. La ira llegó después de la decepción profunda. Podía apreciarse en los trazos intensos de la nota que escribía. A sus pies, los trozos de las dos anteriores, fallidas y comenzadas de nuevo. La densidad de su pensamiento impedía que las palabras reflejaran con fidelidad las dimensiones de su estado de ánimo. Por otro lado, qué utilidad tenía esa nota. Qué decir con ella que no fuera un sinsentido. Pero avanzaba. La nota avanzaba y tomaba cuerpo con trazos profundos y angulosos que escondían palabras aceradas, dolidas, dolientes. Era una nota necesaria para el olvido, pero cruel. Desmedidamente cruel. Exhuberante e hiperbólicamente cruel de la que, pese a las circunstancias, conociéndose, se arrepentiría.